



Monterrey. — Antiguo obispado (hoy cuartel de artillería).

IV

EL REDUCTO DE LA TENERÍA

El general Taylor creyó desde un principio al emprender su marcha victoriosa sobre Monterrey que el apoderarse de esta plaza sería cosa sencilla y obra de un ataque que, bien preparado, lograra la adquisición del punto en unas cuantas horas.

Después de los necesarios reconocimientos efectuados con escrupulosidad los días 19 y 20 en que las divisiones de Twiggs y Butler permanecieron acampadas en el bosque de Santo Domingo, decidió el General en jefe americano dar un asalto general á la plaza por varios puntos, desprendiendo diversas columnas apoyadas por sus baterías más ligeras. Mientras la brigada de Worth, que había partido desde la víspera á cortar el camino del Saltillo y tomar el reducto de la Federación era atacada por nuestra caballería que había pernoctado en el Jagüey, el general Taylor disponía tres columnas de asalto sobre la parte Nordeste de la ciudad, ocultando tal operación con amagar las fortificaciones del Obispado, haciendo sobre él un nutrido fuego de artillería.

En efecto, situó una batería para que estuviese bombardeando la Ciudadela. (Véase en el croquis el punto T).

Preliminar operación era tomar el Fortín de la Tenería, que se juzgaba de gran importancia, por dominarse desde allí diversos pasos y entradas á la Plaza.

Los mejores cuerpos con que contaba el ejército americano, entraron á constituir las tres poderosas columnas que debían atacar la Ciudad por el Nordeste, teniendo que ocupar ante todo el reducto de la Tenería.

Esta obra de defensa, de tanta importancia, en un principio se ejecutó con actividad para ser luego derribada, como ya dijimos, por disposición del general Ramírez, pero en la noche del 20 hubo de reconstruirse á toda prisa, empleando en ello, con grave pérdida de la energía de la tropa, á los mismos soldados que guarnecían el reducto. Así fué que al amanecer del día 21 sus parapetos no estaban aún concluídos, completándolos con sacos á tierra, defectuosísimos, pues su cubierta era de mal género de algodón. El foso tampoco pudo terminarse, siendo poco ancho y casi nada profundo, y, según afirma un testigo presencial entendido en el arte de la fortificación y la artillería de cuyas notas extractamos esta descripción, sobre las plataformas para los cañones colócados á *barbeta* no se habían establecido explanadas de madera, debiendo producir semejante falta trascendentales dificultades en el servicio durante el combate, encontrándose, como se hallaba, sobre una tierra que recientemente amontonada y humedecida por la lluvia, no era sino funesto lodazal.

La guarnición de la Tenería constaba apenas de 200 infantes y tres piezas de artillería mal dotadas de

servientes. Agréguese á esto que, por descuido ó falta de tiempo, no se ejecutó la obra capital de despejar el campo frente á la fortificación, limpiándole de árboles, montículos, piedras, milpas, magueyes y nopales, y tantos otros obstáculos tras de los que el enemigo habría de parapetarse contra los fuegos del reducto al emprender el asalto.

El trazo del Fortín aproximábase al de una *luneta*, en uno de cuyos flancos se había agregado una pequeña cara con el objeto de ocultar la *gola*, que sin ello hubiera quedado completamente descubierta.

Apoyábase en un conjunto de árboles entre los que se alzaban viejos cuartuchos y humildes jacales sobre el camino que daba al Puente de la Purísima, habiéndose tenido la imprevisión de no haber ocupado sólidamente la arboleda y caserío, ligándolos con el Puente, apoyando de este modo el extremo izquierdo que sería flanqueado por los fuegos de la Ciudadela, lo que unido á la ayuda de la caballería que obrara por los campos en auxilio del reducto, hubiera producido muy respetable efecto en las tentativas de asalto de aquel adversario que tuvo que convencerse muy pronto de la insuficiencia de nuestros atrincheraamientos.

Las tres columnas de ataque se dirigieron á paso veloz, aprovechando las sinuosidades del terreno para ocultarse hacia la parte Sureste, ocupando la de la derecha solares y arboledas, quedando la del centro en reserva, y embistiendo con decisión la de la izquierda sobre la Tenería, precedida por líneas de hábiles tiradores que, con el humo y el estruendo de sus fuegos, enmascaraban la dirección del asalto.

En cuanto estuvieron á tiro de cañón, fueron reci-

bidos los americanos por un vivo fuego que no contes-
taron hasta apoderarse de algunas casas y jacales
desde donde empezaron á batir la posición mexicana.
Tropas de la izquierda enemiga trataron de envolverla,
pero fueron detenidas á tiempo, teniendo que retro-
ceder. Por su derecha también tuvieron que cejar
cuando intentaban acometer la retaguardia de la
Tenería para flanquearla.

Llegó por fin el momento en que las tropas ameri-
canas que habían hecho alto al frente del reducto, des-
pués de un tiroteo vivísimo, arremetieran con deci-
sión. Llegaron hasta el borde del foso desde donde
hicieron fuego valientemente contra nuestros artille-
ros. Fué bien contestado, y muchos enemigos cayeron,
teniendo que retroceder la columna hasta ponerse
fuera del alcance de nuestros cañones, yendo á reba-
cerse más á retaguardia con el resto de sus fuerzas
que también habían tenido que cejar.

Anímanse de nuevo los asaltantes á los gritos de sus
oficiales, y organizada otra columna, vuelven á la carga
con menos brío, pero con más parsimonia; avanzando
lentamente su amplia cortina de tiradores, quienes se
detenían tras cada incidente del terreno que pudiera
cubrirlos, haciendo fuego, echados rodilla en tierra,
agazapados ó tendidos tras los magueyales, milpas y
nopaleras, envolviendo el reducto mexicano en una
onda tronante de fuego y plomo.

Por fortuna para la continuación de la defensa en
el Fortín, llegó de la plaza como refuerzo una sección
de 150 hombres del 3º *Ligero* y un cañón de á ocho.
Esta pieza y parte de la infantería pasaron al reducto,
situándose el resto de los infantes en las azoteas de la
casa de la Tenería.

Por su parte los americanos habían recibido también
considerables refuerzos disponiéndose á otro ataque,
apoyados por piezas de artillería que rompieron sus
fuegos sobre aquel rumbo de la ciudad. Entonces la
columna del centro que había quedado como reserva,
apoyó á su vez el empuje intentando volver á flan-
quear; pero un bravo oficial de nuestra artillería saca
una pieza del Fortín y fuera de las obras de defensa,
rápidamente la enfila hacia la masa americana que
rumbo á aquel flanco se aproxima, y tras unos cuantos
certeros disparos, la dispersa y barre.

Ya la guarnición de la Tenería estaba fatigadísima,
hambrienta, jadeante y presa de una sed espantosa;
ardían los cañones de los viejos y malos fusiles; des-
moronábase la trinchera; pero seguía batiéndose con
entusiasmo y bizarría, respondiendo con la muerte y á
los gritos de ¡viva México! al ataque de los invasores.

Sin duda creyeron éstos ya imposible la victoria,
porque de súbito se retiraron los del centro y de la
derecha, ejecutando este movimiento la columna de la
izquierda, dando ocasión á la más viva y noble alegría
en los defensores del Fortín.

¿Se había triunfado....? ¿Se retiraba vencido el
enemigo?

¡Oh! sí, así parecía..... Huía en desorden y en
montón..... Estallaron gritos de entusiasmo, vibrando
en el aire ennegrecido por el humo de la pólvora los
gritos de ¡viva México! acompañados por el alegre
son de los clarines que prorrumpían en dianas!

¿Qué había pasado....? Fué que hacia la derecha
de los americanos se presentó una columna de caba-
llería mexicana dispuesta á cargar sobre ellos á punta
de lanza y filo de sable.

Tal era el origen del pánico de nuestros enemigos.... Fatigados, con grandes pérdidas en oficiales y tropa, confiando en el triunfo sólo por el auxilio de nuevos refuerzos, que aun no les llegan, ven caer de pronto sobre su débil flanco, numerosa y fresca, lanzada á toda brida, la caballería mexicana, palpitante de odio....! ¿Cómo no creer en su derrota ante ese golpe inesperado que les amenaza....?

Y en efecto, ella y nuestro triunfo hubieran sido seguros, aplastantes y decisivos, si aquella caballería hubiera cargado, toda y unida en perfecta cohesión y al mando de una sola voz, sobre el sangriento y débil flanco derecho del ya medroso adversario.... Mas para colmo de nuestras desdichas, en esta ocasión en que el sable de esa caballería, tan costosa y tan inútil hasta entonces, hubiera podido decidir la victoria en un terreno propio, — si no para una carga de grande empuje, al menos para un terrible amago de efecto decisivo sobre un enemigo maltrecho y vacilante, ¡oh! sí, para colmo de ignominia, en esta vez no cargan todos los escuadrones.... ¡y apenas cincuenta lanceros mexicanos se dieron el gusto de dar quehacer á sus brazos para derramar sangre de enemigos! teniendo al fin que volver grupas para incorporarse al grueso de su fuerza.

Habiéndose retirado ésta, los americanos ya sin temor y con más auxilios, volvieron á organizarse en otra columna cubierta y flanqueada por diestros tiradores que tornaron á abrir trágico fuego sobre el heroico reduto.

En él, después del primer entusiasmo que produjera la creencia en el triunfo definitivo, había un abatimiento espantoso, exhaustas ya las fuerzas de todos

sus defensores que llevaban horas y horas de estarse batiendo, encontrándose los artilleros reducidos á tener que hacer fuego con sus cañones colocados á *barbeta*, cazados aquéllos por los tiradores enemigos á los que los nuestros contestaban á su vez, eliminando á los contrarios que eran inmediatamente sustituidos por gente de refresco.

De repente resonó un terrible grito, grito que produjo un profundo pánico: — ¡Parque! ¡Parque! — ¡No hay parque!

En efecto, se habían agotado las municiones, tanto de cañón como de fusil, y aunque repetidas veces se habían mandado pedir con urgencia á la plaza, lo mismo que agua y refuerzos, nada de esto llegaba, distraído nuestro general en jefe con los asaltos que el enemigo daba al mismo tiempo por el Poniente, donde acababa de tomar el Fortín de la Federación, y por el Norte, donde amagaba al Obispado. Entretanto, la reserva que hubiera podido ser utilísima para sostener y rechazar el asalto, permanecía inactiva cuando más necesario era su apoyo.

Las columnas americanas que se rehacían frente á la Tenería, al notar que nuestros fuegos disminuían, redoblaron los suyos, y cuando el Fortín calló por completo dispusieron un nuevo asalto, comprendiendo que ya no habría resistencia.

Algunos oficiales de la guarnición del reduto arengaron á la tropa para decidirla á hacer una salida á la bayoneta sobre los asaltantes; pero la empresa era temeraria, imposible. Ya no había fuerza, ni ánimo en nuestros pobres soldados, muertos de fatiga y de sed, y además, comprendían que el enemigo era cada vez más superior en fuerzas y armas y que

los barrerías con metralla si salían de la fortificación!

Careciendo de parque, hubo que abandonarse ésta, no quedando sino un grupo de oficiales y valientes soldados que esperaron á pie firme, en el reducto unos, y otros en las azoteas de la Tenería. Los americanos lanzaron un ¡hurra! estruendoso, y á todo correr se dirigieron sobre el parapeto; saltaron á los fosos y subieron por el ángulo saliente de la obra, donde hicieron fuego sobre los últimos defensores, matando algunos y tomando prisioneros á los demás.

Pocos momentos después, ondeaba sobre el Fortín de la Tenería el pabellón de las estrellas. El combate había durado, sin un momento de tregua, desde las 7 de la mañana hasta las 12 del día.

Las fuerzas mexicanas que guarnecían el Puente de la Purísima y el Fortín del Diablo, principiaron á hacer fuego sobre las enemigas que habían tomado la Tenería, las que se vieron obligadas á cubrirse dentro de los fosos.

Otra columna americana, animada por aquel primer triunfo, avanzó sobre el Fortín del Diablo; pero fué detenida por un vivísimo fuego de fusilería y cañón. Los invasores se posesionaron entonces de puntos tras de los que podían contestar al fuego del Fortín, agazapándose tras los matorrales y asperezas del terreno para emprender nuevos ataques que eran valientemente rechazados. Pero se cometía la falta de no perseguir al contrario en su retirada para acabar con él ú obligarlo á dispersarse por completo sin darle tiempo á rehacerse y esperar refuerzos, lo cual hacía con toda tranquilidad, pudiendo así cubrir sus bajas y aumentar su efectivo, con lo que tornaba á la carga cada vez

más poderoso, mientras nuestra brava tropa disminuía en número y energías, fatigándose hasta rodar desmayados los más inquebrantables defensores.

Cargáronse los americanos hacia la izquierda nuestra para descubrir la gola del Fortín; pero notado esto por el jefe de artillería, hizo sacar de la obra algunas piezas con las que se les hizo un fuego terrible que los obligó á dispersarse. Intentaron, por último, un segundo ataque, pero fué rechazado con igual bizarría que las veces anteriores, teniendo al fin que desistir de su intento, regresando á su campo sin haber obtenido el triunfo.

Otra columna de asalto atacaba á la sazón por el Norte el Fortín de la Purísima que cubría el puente del mismo; pero también allí encontró una resistencia inquebrantable, no obstante que en ese punto no había sino un cañón de á doce que dirigía en persona un capitán de artillería.

También en esta parte dieron tres asaltos los americanos, siendo rechazados con tal ímpetu en el último, que los nuestros, haciendo una brillante salida, pudieron perseguir al enemigo al que tomaron varios prisioneros después de un combate cuerpo á cuerpo á bayoneta calada, combate en el que hizo patente su bravura el soldado mexicano, animado poderosamente á los gritos de ¡viva México!

También en el Fortín de la Purísima hubo un momento en que faltó parque, y cuando dieron esta noticia al general Mejía, jefe de aquella línea, contestó:

— ¡No se necesita parque cuando hay bayonetas!

Y entonces fué cuando entusiasmó á las tropas haciéndolas salir á la bayoneta sobre los asaltantes.

Estos resistieron con encarnizamiento, animados á su vez por la presencia del general Taylor que contemplaba la lucha y era testigo del denuedo con que combaten nuestras tropas y del valor con que saben comprar el triunfo cuando son conducidos por jefes hábiles y bizarros.

En vano rompió el enemigo un terrible fuego de artillería que hizo grandes estragos convirtiendo las casas en escombros; en vano recibió fuerzas de refresco; tuvo que ceder al impulso de los nuestros que infundieron primero respeto y luego pánico en las filas contrarias, teniendo al fin el general Taylor que ordenar la retirada definitiva, replegándose con todas sus fuerzas á su campamento del bosque de Santo Domingo.

Eran las tres de la tarde cuando terminó esta serie de combates que costaron al Invasor cerca de 500 hombres entre muertos y heridos, inclusive un general y 96 oficiales, sin haber obtenido más ventaja que ocupar el reducto aislado de la Tenería, donde dejó una pequeña guarnición.



V

CAPITULACIÓN DE MONTERREY

Habiendo en general tenido mal resultado los ataques que los americanos emprendieron sobre el Norte y Noreste de la plaza de Monterrey, resolvió el general Taylor trasladar sus operaciones al Oeste, atacando el cerro del Obispado al amanecer del día 22 como principio de subsecuentes operaciones.

Al efecto, una batería que instalaron en el Fortín de la Federación que habían tomado el día anterior, rompió sus fuegos sobre éste, protegiendo el asalto que ejecutó una columna sobre la pequeña obra de la cresta, situada á la espalda de la fortificación.

La fuerza que guarnecía la mencionada cresta fué sorprendida y no opuso sino una débil resistencia. Los americanos se apoderaron de una pieza de artillería, y con otra que subieron dispararon sobre del Obispado, sostenido apenas por 200 hombres y tres piezas de artillería al mando del teniente coronel don Francisco Berra, quien pidió tropas de refuerzo á la plaza. El general Ampudia se contentó con enviarle 50 dragones á pie.